



CONSULTORIO FEMENINO



quisiera tener para sentir, á pesar de muerte, la alegría de haber vivido.

Trébol Marchito, Buenos Aires. — Según lo que llamo usted una niña. Yo creo que cuando piensan, ya tienen el derecho de pensar. Porque yo creo que el derecho va escondido detrás del hecho. Usted no entiende, pero no importa; siga pensando en él.

Una rubia de ojos negros, Buenos Aires. — Ya es feo eso de querer al primo. Me parecen éos, amores de jaula. Y á veces son de corral. No, hija, nada de besos. El amor no se toma así, como los sorbetes.

A. Arco Iris, Lobos. — No siempre la deriva de la palma de la mano es eczema palmar. Vea primero lo que le dice el médico.

M. D. Otteuver, Bragado. — El sulfuro de calcio no es hidrosulfato de cal. Este último es el yeso y el primero es azufre y cal. Para los postizos, lo mejor es la tintura y de ésta hay mil fórmulas en las droguerías y peluquerías.

Dra. Capital Federal. — Escríbame con otro seudónimo, pues éste ya tiene reservado en el *Consultorio* un lugar privilegiado. No me gusta esa biblioteca de que me habla. Es un negocio más. Escribe poco. Es mejor que no lo sepa.

Paisanita, 25 de Mayo. — Lea esta página en el núm. 314 y lo sabrá. Buena alimentación y enriquecer la sangre, para lo del cabello.

La Flor de Lis. S. D. M. N., Buenos Aires. — Son demasiadas preguntas, querida, y otras cartas esperan turno. Segundo, lo que dije en el núm. 314. Primero, vida sedentaria. Tercero, no. Cuarto, nada tiene de censurable (a). Hizo lo que era su deber. Y basta por hoy.

Una Desesperada, Lomas de Zamora. — Pero, hija, no todos los que tienen un lindo tipo están en disposición de casarse. La pobreza de dinero y la pobreza de espíritu impiden hacer muchas locuras. Paciencia y oraciones a San Antonio.

Eiba, Chascomús. — No crea en tales charlatanerías. Aun los que no piden dinero mienten en la mitad de lo que dicen. Es un placer de delincuencia que escapa al castigo.

La Morocha M. S., Buenos Aires. — No la use si no está práctica.

Rubia Sonrosada, Buenos Aires. — Muy lindo le ha de quedar ese traje. Es todo un artista el que lo ha creado. Que se divierta y gane otro premio.

Beba, Buenos Aires. — Porque entre ellas está lo mejor.

Musseta de Amor, Buenos Aires. — Hasta ahora llegóme una. Ya sabe que contesto por turno.

Sol de Mayo, Buenos Aires. — Como poder sí pueden; pero no es prudente. Tenga cuidado. No se lleva luto; aunque sea el prometido del corazón. Debiera llevarse toda la vida, como una incomparable señorita que conozco, cuya figura es ya todo un poema del fiel recuerdo, y que en mí tumba, como ángel de mármol,

Una amiga obcecada. — Que el mismo sol de fortuna alumbré también la suya y asistió todas sus horas dichosas. Los recibe y los conserva para devolvérselos á su tiempo.

Orquídea, Buenos Aires. — Con mucho gusto, pero tenga compasión de mí; no tengo tiempo de contestar particularmente. Ninguna de ustedes quiere venir á ayudarme. Sospecho que ese grafólogo le hacía á usted el amor. Los poetas no sirven para grafólogos.

Secreta de San Bernardo, Buenos Aires. — No, mi amiga, contesto siempre. Cuando, pasadas algunas semanas—no puedo precisar cuántas—piensa que no he recibido la carta. Demuéstraselo un poco, algo hay que demostrar. Pero creo que es muy poca cosa sólo una voz dulce.

Gastón, Buenos Aires. — ¡Loco, y sólo porque es guapa! En verdad que las feas codiciamos la hermosura de las bellas, puesto que ustedes las codician; pero, ¡caramba, caramba!, ¡poner toda la fe en la ternura del pétalo de una rosa, en el áureo polvillo del ala de una mariposa ó en el perfume de una redoma abierta! Está visto que el hombre es un pobre bicho que se merece todas sus desdichas.

Volubilis, Buenos Aires. — Si no sabes aprovechar ese minuto de tu juventud y ese instante de tu belleza, resignate á no ver salir jamás el sol en tu jardín.

Elena D., Buenos Aires. — El triunfo lento del feminismo trae estas anomalías. Hoy ya es preciso que andemos nosotras más de la mitad del camino que antes recorría por entero el hombre. Vamos, tenga un poquito de valor y ságame al encuentro.

Elianta, Buenos Aires. — Y pues que espera la Nada tras de la muerte, bueno es preocuparse viviéndolo Todo. Y eso que me dices, egregia señora, es el alma de un artículo de mi código de amor y vida. Tienes razón, no he tratado un solo hombre rico que valga un comino. Pero te digo que los pobres están envenenados por las aspiraciones y son siempre sospechables. No es ésa la clasificación. Medula azul y medula blanca. ¡Te parece bien ésta?

A. B. C., Buenos Aires. — ¡Ah, no! yo conozco una vieja, bien vieja, que es bella, encantadora, amable y amante y amada de todos y de todas: la esperanza.

Aurea Stellá, Río. — Para que no se pierdan en lo sucesivo, diríjales á mi nombre, Rivadavia 581, Buenos Aires. Lo mismo te digo por correo. El invierno próximo.

Lis Rouge, Buenos Aires. — La compañezco, hija mía. La acompañó en su pesar y disponga de mí como quiera. Quiera el cielo que ese gran dolor que la embarga le sea descontado en el difícil porvenir que la espera. Gracias por la indicación del libro. Lo buscaré.

NOEMIA DE LIS.